ved á Godofredo presentándose solo ante un campo furioso, que le acusa de haber hecho asesinar á un héroe. ¡Qué belleza tan noble y penetrante en la súplica del piadoso capitan, seguro de la conciencia de su virtud! y ¡cómo hace brillar despues esta peticion la intrepidéz del general, que desarmado y con la cabeza descubierta, se presenta ante una soldadesca desenfrenada!

Durante el combate, anima al guerrero cristiano un santo y magestuoso valor, desconocido á los guerreros de Homero y Virgilio. Eneas, cubierto de sus armas divinas, y puesto de pie sobre la popa de su galera, que se acerca á la ribera Rútula, está en una actitud heróica: Agamenon, cual Júpiter fulminante, presenta una imágen llena de grandeza; pero Godofredo no es inferior al padre de los Césares, ni al gefe de los Atridas en el último canto de la *Jerusalen*.

Acaba de salir el sol: los dos ejércitos están á la vista y apercibidos; tremolan al viento los estandartes; flotan los penachos sobre los morriones; los vestidos, las guarniciones, los arneses, las armas, los uniformes. El oro y el hierro centellean con los primeros rayos del dia. Montado en un veloz caballo, recorre Godofredo las filas de su ejército: habla, y su discurso es un modelo de elocuencia guerrera. Centellea su cabeza, y brilla su rostro con un resplandor desconocido; el ángel de la victoria le cubre invisiblemente con sus alas. Queda todo repentinamente en un profundo silencio; y se postran las legiones adorando á aquel que derribó á Goliat por mano de un jóven pastor. Resuena de improviso la trompeta, levántanse los soldados cristianos, y llenos del furor del Dios de los ejércitos, se arrojan precipitadamente sobre los batallones enemigos.

LIBRO TERCERO.

Continuacion de la poesia en sus relaciones con los hombres.

PASIONES.

CAPITULO PRIMERO.

El cristianismo ha mudado las relaciones de las pasiones, mudando las bases del vicio y de la virtud.

Examinados los caractéres, paso ahora á ocuparme en las *pasiones*; porque aunque es cierto que tratando de los primeros, me ha sido imposible no tocar algo de las segundas, aqui me propongo hablar mas de propósito.

Si existiese una religion cuya principal ocupacion fuese poner una barrera á las pasiones del hombre, aumentaria necesariamente el juego de estas pasiones en el drama y en la epopeya; seria mas favorable á la pintura de los sentimientos, que cualquiera otra institucion religiosa que no conociese los delitos del corazon, y obrase sobre nosotros solo por escenas esterio-

res. Esta es, pues, la grande ventaja de nuestro culto sobre los cultos de la antigüedad: es un viento celestial que infla las velas de la virtud, y multiplica las borrascas de la conciencia alrededor del vicio.

Las bases de la moral entre los hombres, á lo menos entre los cristianos, se han mudado despues de la predicacion del Evangelio. Entre los antiguos, por ejemplo, la humildad se miraba como una bajeza, y por grandeza el orgullo y la soberbia; al contrario, entre nosotros el orgullo es el primero entre los vicios, y la humildad una de las primeras virtudes. Esta sola mutacion de principios presenta á la naturaleza humana bajo un punto de vista enteramente nuevo, y nos hace descubrir en las pasiones ciertas relaciones que los antiguos no veian en ellas.

Porque para nosotros la raiz del mal es la *vanidad*, y la raiz del bien la *caridad*, de suerte que las pasiones viciosas son siempre un compuesto de orgullo, y las virtuosas un compuesto de amor.

Aplicad este principio, y reconocereis su exactitud: ¿por qué todas las pasiones que provienen de la intrepidez, son mas bellas entre los modernos que entre los antiguos? ¿en qué consiste que hemos dado otras proporciones al valor, y trasformado un movimiento brutal en una virtud? En la mezcla de la virtud cristiana directamente opuesta á este movimiento; tal es la *humildad*. De esta mezcla ha nacido la *magnanimidad ó generosidad poética*, especie de pasion (porque la de los caballeros ha llegado hasta este punto) totalmente desconocida de los antiguos.

Uno de nuestros mas tiernos sentimientos, y tal vez el único que pertenece absolutamente á nuestra alma, (porque todos los demas tienen alguna mezcla con los sentidos en su naturaleza ó en su objeto) es la amistad. ¿Y cuánto no ha aumentado el cristianismo los hechizos de esta celestial pasion, dándole por fundamento la caridad? Jesucristo durmió en el seno de Juan; y antes de espirar en la cruz, le oyó la amistad pronunciar estas palabras dignas de un Dios: *Mater, ecce filius tuus; discipule, ecce mater tua; Madre, ve ahi á tu hijo; discípulo, ve ahi á tu madre* (1).

El cristianismo que ha revelado nuestra doble naturaleza y mostrado las contradicciones de nuestro ser; que ha hecho ver las alternativas de nuestro corazon; que asi como nosotros está él tambien lleno de contrastes, presentándonos un hombre Dios, un niño Señor de los mundos, al Criador del universo saliendo del seno de una criatura; el cristianismo, decimos, visto bajo este aspecto de contraste, parece ser aun, por escelencia, la religion de la amistad. Este sentimiento se corrobora tanto por sus oposiciones como por sus semejanzas. Para que dos hombres sean perfectos amigos, deben unirse y desviarse mútuamente, y sin cesar, bajo algun respecto: es preciso que tengan génios de una misma fuerza, pero diferentes en especie; opiniones opuestas, pero unos mismos principios; distintos amores y aborrecimientos, pero un mismo grado de sensibilidad en lo interior; humores opuestos y sin embargo, gustos iguales; en una palabra, grandes contrastes de caractéres, y grandes armonías de corazon.

Este calor que infunde la *caridad* en las pasiones virtuosas, las da un carácter divino. Entre los hombres de la antigüedad, no pasaba del sepulcro el porvenir de los sentimientos y afecciones, y alli naufragaba. Amigos, esposos, hermanos, se dejaban á las puertas de la muerte, conociendo que era eterna su separacion; el colmo de la felicidad para los griegos y los romanos, se reducia á mezclar sus cenizas: pero ¡cuán dolorosa debia ser una urna que solo con-

(1) Evang. de San Juan, cap. 19, v. 26 y 27.

tenia tristes recuerdos! El politeismo habia constituido al hombre en las regiones de lo pasado; pero el cristianismo le ha puesto en los campos de la esperanza. El goce de los placeres honestos sobre la tierra, es una anticipada prueba de las delicias de que hemos de ser colmados. Ni está en este mundo el principio de nuestras amistades; dos seres que aqui se aman, solamente están en el camino del cielo, adonde han de llegar juntos, si los dirige la virtud. Por manera, que esta enérgica espresion de los poetas, *exhalar su alma en la de su amigo*, es literalmente verdadera para los cristianos; cuando dejan sus cuerpos, solo remueven un obstáculo que se oponia á su intima union, y sus almas van á confundirse en el seno del Eterno.

No creo, sin embargo, que descubriéndonos el cristianismo las bases sobre que descansan las pasiones de los hombres, haya despojado á la vida de sus encantos. Lejos de marchitar nuestra imaginacion, haciéndola tocarlo y conocerlo todo, ha esparcido la oscuridad y la duda en las cosas que son inútiles á nuestros fines; superior en esta parte á esa imprudente filosofía, que procura penetrar demasiado la naturaleza del hombre, y hallar en todo el fondo de las cosas. No siempre conviene introducir la sonda en los abismos del corazon, las verdades que él contiene, son de la clase de aquellas que piden una media luz y la perspectiva. Es una imprudencia aplicar incesantemente el juicio á la parte afecta á su ser, y contemplar detenidamente las pasiones. Esta curiosidad conduce insensiblemente a dudar de las acciones generosas, estingue la sensibilidad, y mata, digámoslo asi, al alma; los misterios del corazon son como los del antiguo Egipto; todo hombre profano, que pretendia descubrirlos, sin estár iniciado en ellos por la religion era súbitamente herido de muerte.

CAPITULO II.

Amor apasionado.

DIDO.

Lo que nosotros llamamos propiamente amor, es un sentimiento del cual ignoró la antigüedad hasta el nombre. Solo en los siglos modernos hemos visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, y esta especie de amor, cuya parte moral es la amistad. Aun la misma perfeccion de este sentimiento se debe al cristianismo; porque él es quien procurando sin intermision purificar el corazon, ha llegado á espiritualizar hasta las mismas inclinaciones, que parecian menos susceptibles de serlo. He aqui, pues, un nuevo método de situaciones poéticas que ha suministrado esta tan denigrada religion á los mismos autores que la insultan. Se pueden ver, en una multitud de novelas, las bellezas que ha producido esta pasion semicristiana. El carácter de Clementina (1), por ejemplo, es una obra maestra, de que la antigüedad no ofrece modelo. Pero entremos ya en materia; y antes de hablar del amor campestre, consideramos el amor apasionado.

Este ni es tan santo como la piedad conyugal, ni tan inocente como los sentimientos pastoriles, pero

(1) Richardson.

es mas vehemente que uno y otro, y abrasa las almas donde reina. No fundándose en la gravedad del matrimonio ó en la inocencia de las costumbres campestres, ni mezclando con la suya ilusion alguna, es en sí mismo su propia ilusion, su locura y su sustancia. Esta pasion, ignorada del muy ocupado artesano y del trabajador sencillo, solo existe en aquellas gerarquías de la sociedad, en que la ociosidad nos deja abrumados con el peso de nuestro corazon, con su inmenso amor propio, y con sus eternas inquietudes.

Tan cierto es que el cristianismo difunde una luz viva en el abismo de las pasiones, como que ninguno mejor que los oradores sagrados, ha pintado con la debida fuerza y naturalidad los desórdenes del corazon humano. Véase la pintura que hace Bourdaloue de la ambicion. Véase tambien cual penetra Masillon hasta los secretos mas íntimos del alma, y como retrata al vivo nuestras viciosas inclinaciones. «El carácter de esta pasion, dice este hombre elocuente hablando del amor, es ocupar y llenar el corazon todo entero, etc.: el hombre solo piensa en la pasion de que está poseido y embriagado: por todas partes se le encuentra, todo recuerda su funesta imágen, y despierta sus injustos deseos; el mundo y la soledad, la presencia ó la ausencia del objeto amado, los objetos mas frívolos é indiferentes, como las mas sérias ocupaciones, hasta el templo santo, el altar sagrado, y hasta los tremendos misterios, todo renueva su culpable memoria (1).

«Es un desórden, esclama el mismo orador, en el sermon de la *Pecadora* (2) el amar por sí mismo lo que no puede constituir nuestra dicha ni nuestra perfeccion, ni asegurar, por consiguiente, nuestro reposo; porque amar, no es otra cosa que buscar la felicidad en el objeto que se ama; es querer encontrar en él lo que falta á nuestro propio corazon; es llamarle á llenar este horrible vacío que sentimos en nosotros mismos, lisonjeándonos de que será capaz para ello; es mirar el objeto amado como el único recurso de todas nuestras necesidades, el remedio de todos nuestros males, y el autor de todos nuestros bienes... (1)» «Pero este amor de las criaturas (parte segunda del mismo sermon), va acompañado de crueles incertidumbres: el hombre duda siempre si es correspondido segun él mismo ama; sutiliza y cabila por hacerse desdichado, y en inventar nuevos temores, dudas y celos; cuanto mas se procede de buena fé, tanto mas se sufre; es el hombre mártir de sus propias sospechas y desconfianzas: vos lo sabeis, y no me toca por cierto el trazar aqui el lenguage de vuestras insensatas pasiones. (2).»

(1) Masillon. El *hijo pródigo*, primera parte, t. II.
(2) Primera parte.

Esta enfermedad del alma se declara con furor inmediatamente que se presenta el objeto que debe desarrollar su semilla. Dido está ocupada todavía en los trabajos de su ciudad naciente: se levanta una tempestad, y sale un héroe de enmedio de ella. Turbase la reina; un *ciego fuego* se introduce en sus venas; comienzan las imprudencias; siguen los placeres y en pos de ellos el desengaño y los remordimientos. Dido se halla inmediatamente abandonada; mira con horror en rededor de sí, y no ve mas que abismos. ¿Cómo se ha desvanecido este edificio de felicidad, cuyo amoroso arquitecto habia sido una imaginacion exaltada? Fué como aquellos palacios de nubes que dora por algunos minutos el sol en su ocaso. Dido vuela, busca, llama á Eneas.

(1) Masillon; el hijo pródigo, segunda parte.
(2) Id. segunda parte. tom. II.

¿Disimulare etiam sperati? etc. (1).

«¡Pérfido! ¿esperabas ocultarme una cosa tan detestable, y escaparte clandestinamente de esta tierra? ni nuestro amor, ni esta mano que te he dado, ni Dido pronta á hacer ostentacion de crueles funerales, han podido detener tus pasos? etc.»

¡Oh qué desórden, qué pasion, qué verdad en la elocuencia de esta muger burlada! Agólpanse de tal modo en su corazon los sentimientos, que los produce desordenadamente, incoherentes y separados, tales como se acumulan en sus lábios. Reparad las autoridades que emplea en sus ruegos. ¿Habla en nombre de los dioses, ó en nombre de un cetro? No; ni aun hace valer á *Dido desdeñada*, sino que mas humilde y mas amante, solo implora con lágrimas al hijo de Venus, invocando hasta la mano del mismo pérfido. Si añade la memoria del amor, solo es aun estendiéndola sobre Eneas: *por nuestro himeneo, por nuestra comenzada union*, dice:

Per connubia nostra, per inceptos hymenæos (1).

Nombra tambien los lugares que fueron testigos de su felicidad; porque es costumbre de los desgraciados asociar á sus sentimientos los objetos que les rodean. Luego que se ven abandonados de los hombres, procuran buscar apoyos, animando con su dolor á los seres insensibles alrededor de sí. Aquel techo y aquel hgar hospitalario en que recogió nuevamente al ingrato, son para Dido los verdaderos dioses. Despues, con el arte de una muger enamorada,

(1) *Æneid.* lib. IV., v. 305.
(2) *Æneid.*, lib, IV. v. 316.

recuerda la memoria de Pigmalion y la de Yarbas, para despertar ó la generosidad, ó los celos del héroe troyano; y luego, por último rasgo de pasion y de miseria, llega la soberbia soberana de Cartago hasta desear que le quedase á lo menos cerca de sí un pequeño Eneas, *parvulus Æneas* (1), para consuelo de su dolor, aunque fuese testigo de su vergüenza. Se persuade que tantas lágrimas, tantas súplicas y tantas imprecaciones, son verdades que hacen fuerza, y por último que no las podrá resistir Eneas: porque en aquellos momentos de locuras, creen las pasiones incapaces de defender con buen éxito su causa, y creen que hacen uso de todos sus medios, cuando solo hacen oir todos sus acentos.

CAPITULO III.

Continuacion de lo precedente.

LA FEDRA DE RACINE.

Pudiera contentarme con oponer á Dido la Fedra de Racine, que aunque mas poseida de pasion que la reina de Cartago, solo es en efecto una *esposa cristiana*. El temor de las llamas vengadoras y de la eternidad formidable del infierno, se trasluce en todo el papel de esta muger criminal (2), y principalmente en la famosa escena de los celos, que como se sabe, es invencion

(1) *Æneid*, lib. IV v. 328 y 329.
(2) Este temor del Tártaro está indicado sin energía en Eurípides.

del poeta moderno. No era el incesto entre los antiguos tan raro y tan monstruoso que escitase semejantes terrores en el corazon del culpable. Es verdad que Sófocles hace muera Jocasta en el punto que conoce su delito, pero Eurípides la hace vivir mucho tiempo despues. Tertuliano refiere (1), que las desgracias de Edipo entre los macedonios solo escitaban las chocarrerías de los espectadores. Virgilio no pone á Fedra en los infiernos, sino solo en aquellos bosques de arrayanes, en aquellos *campos de lágrimas*, *lugentes campi*, en donde andan vagando los amantes, *que ni aun en la muerte han perdido sus inquietudes.*

Curæ non ipsa in morte relinquunt.

Asi la Fedra de Eurípides, como la de Séneca, tienen mas temor á Teseo que al Tártaro. Ni una ni otra hablan como la Fedra de Racine:

Moi jalouse! et Thésée est celui que j'implore!
Mon epoux est vivant; et moi je brûle encore!
Pour qui? quel est le cæur oú pretendent mes vœux?
Chaque mot sur mon front fait dresser mes cheveux.
Mes crimes désormais ont comblé la mesure:
Te respire á la fois l'inceste et l'imposture
Mes homicides mains, promptes á me venger,
Dans le sang innocent brûlent de se prolonger.
Misérable! et je vis! et je soutiens la vue
De ce sacre soleil don je suis descendue!
J'ai pour aïeul le pére et le maître des dieux;
Le ciel, tout l'univers est pleint de mes aïeux:
Oú me cacher? Juyons dans la nuit infernale.
Mais que dis-je! mon pére y tien l'urne fatale;
Le sort; dit-ou, lá mise en ses séveres mains:
Minos juge aux Enfers tous les pâles humains
Ah! combien frémira son ombre épouvantée,

(1) En su Apolog.

Lorsqu'il verra sa fille á ses yeux présentée
Contrainte d'avouer tant de forfaits divers
Et des crimes peut-être inconnus aux Enfers!
Que diras-tu, mon pére, á ce spectacle horrible?
Te crois voir de tau main tomber l'urne terrible;
Te crois te voir cherchant un supplice nouveau,
Toi-même de tou sang devenir le bourreu.
Pardonne. Un dieu cruel á perdu ta famille:
Reconnois sa vengeance aux fureurs de ta fille.
Ilélas! du crime affreux dont la honte me suit,
Jamais mon triste cœur n'a recuilli le fruit.

Este incomparable fragmento ofrece una gradacion de sentimientos, y un conocimiento de la tristeza, de las angustias y arrebatos del alma, que nunca conocieron los antiguos. En ellos se encuentran digámoslo asi, algunos bosquejos de sentimientos, pero rara vez un sentimiento completo: aqui está todo el corazon:

C'es Vénus tout entiére a sa proie attachée!

Y el grito mas enérgico que jamás hizo oir la razon es aqueste:

Hélas! du crime afreux dont la honte me suit
Jamais mon triste cæur n'a recueilli le fruit.

En estos versos se halla una mezcla de los sentidos y del alma, de la desesperacion y del furor amoroso, que sobrepuja toda espresion. Esta muger *que se consolaria en medio de una eternidad de penas*, si hubiera disfrutado *un solo instante de felicidad*, esta muger no es del carácter antiguo; es la *cristiana reprobada*; es la pecadora que cayó viva en las manos de Dios: sus espresiones son las del réprobo.

CAPITULO IV.

Continuacion del mismo asunto.

JULIA DE ETANGE; CLEMENTINA.

Mudemos de colores; el amor apasionado, terrible en la Fedra *cristiana*, solo nos hará oir en la *devota* Julia suspiros melodiosos: esta es una voz turbada que sale de un santuario de paz, y un grito de amor, que prolonga el eco religioso de los tabernáculos, suavizándole mas y mas.

«La religion de las ilusiones es la única que merece ser habitada en este mundo; y tal es la nada de las cosas humanas, que fuera del gran Ser que existe por sí mismo, nada sino lo que no existe, puede decirse bello....

«Una languidez secreta se interna en mi corazon; yo le siento vacío é hinchado, como deciais en otro tiempo que os sucedia con el vuestro: la adhesion que tengo á todo lo que estimo, no basta para ocuparle: le queda una fuerza inútil, que no sabe en que emplear. Esta pena es fantástica, convengo en ello; pero no por eso es menos real. Amigo mio, yo soy sobrado dichosa; me fastidia la felicidad. . . . . No hallando, pues, mi alma aqui abajo cosa alguna que la satisfaga, busca ansiosa en otra parte con que satisfacerse: elevándose al origen del sentimiento y del ser, pierde allí su languidez y sequedad: allí renace, se reanima, halla

un nuevo resorte, saca una nueva vida, toma otra existencia que no depende de las pasiones del cuerpo, ó por mejor decir, no está ya en mí misma, sino en el ser inmenso que contempla; y libre de sus trabas por algun momento, se consuela con volver á entrar en ellas por este reconocimiento de un estado mas sublime, el cual espera poseer algun dia. . . . . .

«Pensando en todos los beneficios de la Providencia, me avergüenzo de ser sensible á tan débiles pesares, y olvidar tan grandes mercedes..... Cuando, á pesar mio, me sigue hasta allí la tristeza (*en su oratorio*), alivian al instante mi corazon algunas lágrimas derramadas delante de aquel que consuela. Ya no son amargas ni dolorosas mis reflexiones, y mi mismo arrepentimiento está libre de sustos, mis delitos me causan menos terror que vergüenza. Tengo pesares y no remordimientos.

«El Dios á quien sirvo es un Dios clemente, un Padre: lo que mueve mas mi corazon es su bondad; esta hace que mis ojos no vean todos los demas atributos suyos; ella sola es la que concibo. Su poder me asombra, su inmensidad me abisma, su justicia..... Crió al hombre flaco: puesto que es justo, es tambien clemente. El Dios vengador es el Dios de los malvados; ni pudiera temerle para mí, ni invocarle contra otros.—¡Oh Dios de paz, Dios de bondad! A tí es á quien adoro: solo soy obra tuya: yo lo conozco, y espero hallarte en el juicio final tal como hablas á mi corazon mientras vivo.»

¡Con cuanto acierto están reunidos en esta pintura el amor y la religion! De este estilo y de estos sentimientos no se encuentra modelo alguno en la antiguedad (1). Es necesario ser un insensato para re-

(1) Hay sin embargo en este trozo una mezcla muy viciosa de espresiones puramente metafísicas y de lenguage natu-

chazar un culto que hace salir del corazon voces tan tiernas, y que ha añadido, digámoslo asi, nuevas cuerdas al alma. ¿Se quiere aun otro ejemplo de este nuevo lenguage de las pasiones que el politeismo no conociera? Oigamos á Clementina; sus espresiones son quizás mas naturales, mas penetrantes, mas cándidas y sublimes que las de Julia.

«Consiento, señor, de todo mi corazon (con toda sinceridad como lo veis), en que aborrezcais, desprecies, y aun mireis con horror á la desventurada Clementina; mas por el interés de vuestra alma inmortal os exorto á que os agregueis á la verdadera iglesia, y os hagais catolico. ¿Y qué señor? ¿qué me respondeis? (siguiendo con su rostro encantador el mio, que aun tenia vuelto del otro lado, pues no me sentia con fuerzas para mirarla de frente.) Respondedme, señor, y decidme que consentís; siempre he creido que vos teniais un corazon tan leal como sensible; decidme que se rinde por fin á la verdad: no es ya en favor ni por ventaja mia que yo os solicito ni ruego, pues que consiento hasta en ser despreciada de vos. Ni menos quisiera se dijese que habiais cedido á las instancias de una muger: no; vuestra sola conciencia, señor, debe llevarse todo el lauro. No os recataré mis designios. Viviré y permaneceré en una paz profunda (aqui se levantó Clementina con ademan imponente de dignidad, que el espíritu de la religion parecia aumentar), y cuando el ángel de la muerte aparezca y me llame, yo le tenderé la mano. Acércate, le diré, ¡oh tú, ministro de paz! Yo te sigo hasta esas playas adonde ansio llegar; voy allí á retener un asiento para el hombre á quien no se le deseo sino lo mas tarde posible, pero á cuyo lado quiero estar eternamente sentada.»

ral. *Dios*, el *Todopoderoso*, ó el *Señor*, estaria mejor dicho que el *origen del Ser*, etc.

¡Ah! el cristianismo es sobre todo un bálsamo para nuestras heridas, cuando sublevadas súbitamente las pasiones en nuestro interior, comienzan á aquietarse ó con el infortunio, ó con la duracion. Mitiga el dolor; fortifica la resolucion vacilante y evita las recaidas, destruyendo en una alma apenas curada el peligroso poder de la memoria de lo pasado; él nos cerca de paz y de luz, y restablece en nosotros aquella armonía de cosas celestiales que Pitágoras oia en el silencio de sus pasiones. Como promete siempre una recompensa por un sacrificio, se cree no cederle nada, aunque todo se le ceda: como á cada paso ofrece á nuestros deseos un objeto mas bello, satisface la inconstancia natural de nuestros corazones: siempre estamos con él en los éstaxis de un amor inicial, y este amor tiene de inefable el que sus misterios son los de la inocencia y la pureza.

CAPITULO V.

Continuacion del mismo asunto.

HELOISA Y ABELARDO.

Desgracias comunes vuelven á Julia á la religion; permanece en el mundo, y obligada á ocultar una pasion que llega á ser criminal, se refugia en secreto al lado de Dios, segura de hallar en este indulgente padre una compasion que no la concederian los hombres: se complace en confesarse en el tribunal supremo, y se promete hallar en él la misericordia tal vez